



Lina Meruane, escritora:

“No se puede vivir fuera de lo político”

En marzo del 2012, Lina Meruane emprendió un viaje a Israel. Su objetivo, rastrear sus orígenes familiares palestinos, derivó en un texto que mezcla la crónica y el ensayo biográfico. “Volverse Palestina” es una mirada crítica a la situación en Medio Oriente, una reflexión sobre los usos del lenguaje, pero también una interpelación a quienes prefieren mantenerse al margen de los conflictos. “Hay clases que se pueden permitir no pensar en lo político porque su situación es cómoda y les conviene no plantearse las preguntas éticas”, dice.

Por Ana Rodríguez S. / Fotos: Felipe PoGa

“Hay una especie de comodidad en el no querer pensar en lo político, pero eso significa no pensar en mucha gente, en muchos problemas, en muchas cuestiones que son realmente muy importantes, no solamente en Palestina sino también aquí en Chile”

Yo estoy convencida de que después de escribir este libro no voy a poder volver a entrar nunca más a Israel. O por lo menos no por ahora- dice Lina Meruane (1970), escritora chilena radicada en New York, profesora en la NYU, autora de “Volverse Palestina”, un libro dividido en dos: la primera parte es una crónica biográfica que narra el despertar de su interés por descubrir sus raíces familiares y el viaje que emprende a Israel; la segunda es una crónica-ensayo de la investigación teórica que realiza sobre el asunto palestino-israelí.

-Si ya fue difícil ir la primera vez, no habiendo ni dicho la palabra Palestina, después de todo lo que he escrito, -que es una posición que a mí me parece razonable, pero no le parece razonable a todo el mundo- yo creo que ese volver quedó a lo mejor imposibilitado por un buen tiempo.

Las dificultades de las que habla Meruane están detalladas en su crónica. Comenzaron ya en el aeropuerto de Londres, cuando la apartaron, encerraron en una pieza de interrogatorio, obligaron a desvestirse para explicar el aparato para diabéticos que portaba.

El episodio del aeropuerto, cuando te interrogan, es una parte bien violenta de tu libro. ¿Fue en ese momento cuando empieza tu identificación como palestina?

-Sí. Lo que yo descubrí en este libro, en el proceso de investigación, viajes y escritura, es que nunca me había puesto a pensar en mi lado palestino. Porque uno vive sus identidades, no las piensa. Pero también porque no había sufrido ningún tipo de discriminación. Pero entre que Estados Unidos es un aliado muy poderoso de Israel, y que para la caída de las torres gemelas hubo ese momento en que yo sentí claramente que se estaban buscando culpables y que los culpables éramos los palestinos. Más allá de ninguna otra consideración, la televisión planteaba una especie de tesis visual que eran los niños palestinos celebrando y Yasser Arafat dolido pero un poco sobrepasado. Tiene todo que ver con la alianza y el apoyo de Estados Unidos a Israel. Y con el hecho de que Israel se considera el único aliado y les importa mucho ese lugar del mundo. Yo ya había detectado eso. Pero cuando entré a Israel lo sentí de una manera casi física, el reconocimiento de ser palestina por encima de chilena y me identifiqué desde un lugar muy político porque además me mandaron a una pieza chica, vi a otros jóvenes palestinos. Lo que sí es que esa escena que es muy violenta en el libro, que tiene muchísima intensidad y yo quise que fuera así, porque fue un momento de una violencia para mí brutal.

Donde uno está muy vulnerable, además.

-Sí. Donde no puedes gritar de vuelta porque te das cuenta de que estás en completa asimetría de poder. Como yo me envalentonara, no llegaba al lugar donde quería llegar. Y además iba advertida. Pero lo que he descubierto después es que lo que me pasó a mí no era nada comparado con lo que les pasa a muchísimos palestinos donde los provocan, para ver si saltan y así ver si los pueden agarrar y llevárselos. Esto me lo contó un periodista palestino que me entrevistó en México y terminamos hablando del tema palestino. Él me decía que lo habían intentado violentar muchas veces para que les respondiera de manera agresiva. Que le habían puesto incluso la pistola en la cabeza. Y que hablando con su familia palestina ellos se reían, como diciendo tanto escándalo por nada, porque están acostumbrados a un nivel de violencia que para uno es completamente inadmisible y que además no tiene ningún sentido.

¿En qué cambió para ti el haber pisado Palestina?

-Creo que se activó un lado de mi identidad y me hizo reflexionar. Me activó un libro, una reflexión que finalmente fue escrita. La pregunta de lo palestino me llevó a hacer una serie de planteamientos con el lenguaje del conflicto: cómo se habla del conflicto, qué cosas se ocultan, qué cosas se manipulan, qué cosas se dicen. La lengua no es un instrumento neutral, si uno piensa quién tiene poder aquí, es quien tiene más derecho a decir algo y decirlo de la manera que quiere, y establecer una especie de verdad por más manipulada que esté. Todo el planteamiento sobre Palestina me llevó a conectarlo con mis propias preocupaciones sobre el lenguaje y sobre los poderes del abusador. Entonces creo que me volví palestina pero también me volví más atenta a ciertas cuestiones del lenguaje, que las he venido pensando a lo largo, pero aquí tenía una manifestación muy concreta de cómo se expresan ciertos problemas en los medios, en la literatura, en la reflexión; cómo todos estamos de alguna manera cargados de ciertas versiones. Lo interesante también fue que en el momento en que estaba terminando este libro ocurrió el reciente bombardeo de Gaza. Vi cómo se concretaban las cosas que yo iba pensando, de manera muy clara.

Llama la atención una mujer con la que conversas en tu viaje que te dice, “¿qué pasa si quieres dejar de estar todo el tiempo en lo político y vivir una vida simplemente?”; ¿Se puede vivir una vida simplemente?

-Precisamente por eso reconocí esta frase de esta chica que iba conmigo en un tour, que tenía este novio judío israelí, que estaba muy comprometido, que no tenía vida fuera de la batalla política. Yo creo que ella estaba expresando una especie de cansancio, porque venía de un lugar, Estados Unidos,

donde ella no se había planteado lo político. Creo que lo que pasa es que en ciertas circunstancias no se puede no estar en lo político; entonces, en general, no se vive completamente si se está fuera de lo político, porque uno se está perdiendo lo que importa, tratando de vivir la ficción de que está todo bien. Pero eso alguna gente se lo puede permitir y otra gente no se lo puede permitir. Creo que dentro de la gente que no se lo puede permitir están los palestinos en general en Palestina. Pero alguna gente también elige no permitirselo y yo quería hablar en este libro de esas personas, judíos israelíes o judíos fuera de Israel que eligen comprometerse con la causa y pensar críticamente lo que está pasando. Ahora, la pregunta que me haces es si se puede vivir fuera de lo político. Yo creo que no se puede vivir fuera de lo político. Hay una especie de comodidad en el no querer pensar en lo político, pero eso significa no pensar en mucha gente, en muchos problemas, en muchas cuestiones que son realmente muy importantes, no solamente en Palestina sino también aquí en Chile.

¿Sería posible hacer algún tipo de paralelo entre la situación palestina y la chilena respecto de los DDHH?

-Para mí el paralelo muy claro era la época de la dictadura. Por ejemplo, cuán militarizada está Israel comparado con Chile en la dictadura. Y la sensación que uno tenía de excepcionalidad de la dictadura, de que se iba a acabar en algún momento, mientras que en Israel yo no sentía eso para nada, sentía que estaba muy aceptado y deseado tener un ejército en la calle todo el tiempo. También la idea sobre la comodidad de no pensar en lo político, eso también estuvo muy presente en Chile y sigue estándolo; hay clases que se pueden permitir no pensar en lo político porque su situación es cómoda y les conviene no plantearse las preguntas éticas porque eso implica tomar decisiones que les quitaría la comodidad que les da el sistema. Eso en el problema de la educación gratuita es un tema: la generación de nuestros padres y de mucha gente que elige no pensar en este tema y encontrar que no se puede hacer, son gente que en realidad estudió en una universidad pública y gratuita. Creo que hay que seguir incomodando y tratando de llevar a la gente a hacer esa reflexión política y a ponerse en el lugar del otro. Porque finalmente cuando uno no hace esa reflexión, elimina al otro. Y el otro es importante para la convivencia social.

LOS ESTUDIANTES

Con las marchas de los apoderados de la Confepa, lo que ha salido a relucir es que lo que les molesta de la reforma es la posibilidad de que sus hijos se mezclen con niños de otra clase social.



-Sí, ese es el problema que de hecho existe ahora en Israel y Palestina. Hay unos proyectos de escuela mixta. Son bien interesantes, importantes y muy difíciles, pero es un empeño que me parece rescatable y que se podría mirar para el contexto chileno. Chile es un país históricamente muy clasista, por eso siempre los barrios han estado muy protegidos, controlados, intentando no ver al otro lado, ver siempre al otro como un sirviente que no tiene derechos porque es pobre y porque no ha trabajado lo suficiente.

El problema de la educación en Chile se hizo visible a través de movilizaciones sociales. Creo que ahí se volvió a politizar una sociedad como la chilena, que venía muy despolitizada.

-Claro, pero también creo que pasado el momento más candente de esas manifestaciones hay de nuevo un pequeño tratar de olvidar. Hay que mantener esas cuestiones vivas.

¿Cómo ves el cauce de las movilizaciones estudiantiles?

-Lo que pasa con los movimientos de resistencia es que tienden a dividirse. Porque así como se juntan contra un enemigo común, siempre hay batallas internas por la representación, por la agenda; si debe ser más violenta, más agresiva, más conservadora. Siento que estamos en un momento de mucha fragmentación al interior del movimiento estudiantil tal vez precisamente porque en el momento más candente no lograron que sus demandas fueran incorporadas en la agenda política y entonces ahí hubo un pequeño impasse. Creo que la decisión sobre cuál es el mejor camino a seguir ha tendido a fragmentar un poco el movimiento y eso les está haciendo perder un poco de fuerza. Creo que habría que pasar por encima de esas pequeñas diferencias y ver cómo rearticular.

“Cada lugar tiene sus propias batallas en educación”, dice Lina Meruane, sobre un fenómeno que observa con atención

“La idea falsa de la libertad de expresión es que es siempre que uno exprese lo que quiere la mayoría. Pero cuando expresa lo que cree la minoría entonces es demasiado incómodo”

y cercanía –desde el lugar donde trabaja, la Universidad de Nueva York– y también describe en su libro: el momento en que los estudiantes pro palestinos se manifiestan y la universidad responde con castigo. Meruane dice que ahí ve cómo, en el ámbito universitario, se produce una especie de eco de lo que está sucediendo en otro lugar geográfico.

- Esas cuestiones me interesaron porque la universidad americana defiende una libertad de expresión, de cátedra, y en momentos de conflicto eso desaparece o está completamente amenazado porque hay intereses económicos muy fuertes en las universidades privadas. Hay estudiantado que tiene fuerza porque paga y hay que mantener contento. Hay una cuestión con la idea de democracia como evitar el conflicto que es muy fuerte. Yo creo que la democracia tendría más bien que invitar a la discusión y al debate, no a intentar empatar las reivindicaciones. Es la idea de que el ciudadano democrático es un ciudadano aplacado, que tiene que respetar los derechos del otro al punto en que no puede ni siquiera manifestar su oposición a una situación de violencia. Ni siquiera de la manera pacífica en que esto estaba ocurriendo.

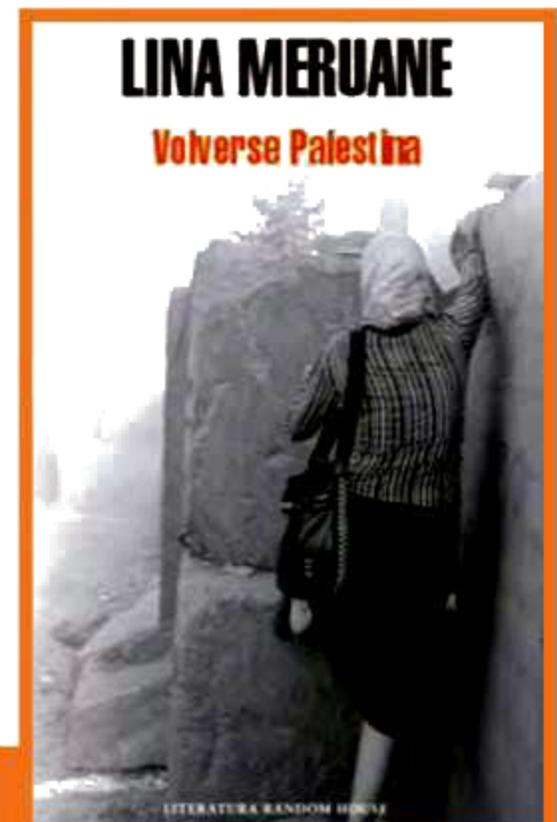
En pleno bombardeo de Gaza, a Meruane la invitaron a una lectura en una galería de Manhattan, pro palestina. Ella sacó extractos de su libro para compartir. Pero el día antes le avisaron que la galería, por presión había decidido no aceptar la lectura: el lugar era sólo para actividades artísticas, no políticas, le dijeron.

-Haciendo una división que es falsa, también. En resumen, no pudimos encontrar un lugar donde hacer la lectura. En pleno Nueva York, una ciudad cosmopolita, abierta, sede de muchas expresiones políticas. No hubo caso, se tuvo que cancelar. La idea falsa de la libertad de expresión es que es siempre que

uno exprese lo que quiere la mayoría. Pero cuando expresa lo que cree la minoría entonces es demasiado incómodo y la gente está preocupada, amedrentada y no quiere participar por temor a las consecuencias. Ni siquiera de actividades inocuas, como una lectura.

¿Has tenido reacciones por este libro?

-Las reacciones que he tenido han sobre todo sido mexicanas y han sido positivas. Pero sí he tenido comentarios del tipo: qué bueno está tu libro, pero me complica presentarlo. Yo no me puedo hacer cargo de las posibles acusaciones que me podrían caer. En un punto uno se prepara, pero en otro punto uno tiene que hacer caso omiso porque yo creo que es importante decir ciertas cosas. Es importante porque mantiene las sociedades más vivas, más vigentes, más pensantes. Estoy preparada argumentalmente para las acusaciones, pero por otro lado pienso que podría no ocurrir. Ojalá el libro se leyera con interés, que no hubiera mucho prejuicio. ↑



VOLVERSE PALESTINA
LINA MERUANE
LITERATURA RANDOM HOUSE
120 PÁGS.
2014